

Esta no es una historia de las tantas que se cuentan sobre Aertes. Fue narrada solo una vez alrededor del fuego de un campamento en una noche melancólica. Con todas las leyendas que surgieron a su alrededor que esta viniese de sus propios labios debería no solo garantizar su credibilidad si no también conminarnos a tomarla con tiempo, a reflexionar sobre ella y tal vez a descubrir la causa de todo lo que vino después.

No es una de las anécdotas que se cuentan sobre su infancia para aleccionar a los niños, pero si es de antes de que reclamase el Anillo Negro de Nrok-Gâdnarok. Es una historia de aquella época de la que solo habló a sus más apreciados y solo con palabras quedas cargadas de remordimiento, pues durante ella no solo temió por su vida, sino por su propia humanidad, ya que para sobrevivir tuvo que convertirse en la bestia que todos le creían. “Lobo” le llamaron, y en lobo se transformó pues esta fue la única manera de afrontar los retos que se le plantearon cuando fue un condenado más, sirviendo en la Legión Penal, la carne de horca sacada de mil patíbulos para ser arrojada a las insaciables fauces de la cruzada contra los bestiformes.

Los cuatro caminaban en la oscuridad maldiciendo su suerte. Cuando habían montado las tiendas y solo deseaban una noche de sueño un oficial bradniano de retorcida sonrisa les había ordenado investigar un pequeño edificio alejado del rumbo de la expedición.

Era una labor estúpida. Los exploradores ya habían estado allí al atardecer, y ninguna amenaza podía esconderse en la abandonada casa de dos plantas que supusiese un problema para la cruzada, pero los corazones mezquinos de los oficiales encontraban un oscuro placer en utilizar su poder sobre los condenados de la Legión Penal.

Luis Vampa iba el primero, agazapado y con las manos crispadas, echando de menos el contacto con la gastada empuñadura de su puñal envainado en la cadera. Sabía que la hoja podía lanzar destellos traicioneros a la luz de las estrellas. Era un vispano delgado y de piel olivácea, melena, bigote y corazón negros. Un ladrón, asesino y contrabandista al que no convenía dar la espalda. “Loco” Sjönn le seguía a varios pasos. Era un individuo peculiar, desgarbado y larguirucho como una marioneta a la que se hubieran olvidado de encordar. Tenía el pelo claro y rojizo propio de los Neerdlands y podría haber sido guapo de no tener una perenne sonrisa de bobalicón y esa expresión que le hacía parecer estar ausente de todo lo que le rodeaba, de no ser por algún infrecuente destello de lucidez sorprendente. Unos pocos condenados decían que era un incendiario, que había quemado la gran biblioteca de Khar Urathas por que había enloquecido leyendo un viejo volumen de oscuros saberes de sus estanterías y que contemplando las cenizas había aprendido secretos que era mejor no saber.

El tercero causaba un gran contraste con los dos primeros. Era alto y muy robusto, con un cómico mostacho bajo una nariz bulbosa y a pesar de los meses de privaciones aun conservaba el recuerdo de una barriga colgando sobre el cinturón. Bergano era un bradniano de pura cepa, voluntarioso, trabajador y siempre de buen humor, un posadero perennemente intimidado por la compañía de malhechores y asesinos.

Y por último un muchacho cerraba el grupo. Aertes. Detengámonos en él un instante y prestémosle atención. Está en la frágil frontera de edad en que ya no es un niño, pero tampoco un hombre. No llama demasiado la atención, la larga marcha y los combates han endurecido su cuerpo, pero nadie podría confundirlo con uno de los soldados regulares mucho mejor alimentados y pertrechados.

Lleva harapos y la barba que crece en sus mejillas probablemente no haya conocido aun la cuchilla. Sin embargo fijémonos en sus ojos. En cuanto los vemos nos atrapan en su embrujo. No es su color. No es que brillen en la oscuridad reflejando las estrellas. Relucen con luz propia, están cargados de feroz determinación para sobrevivir a todo lo que le enfrente, pero a diferencia de gente como Vampa hay una chispa de inocencia, un rescoldo de humanidad que mantiene como su mayor tesoro. Su mayor miedo es que esta última parte de si mismo se extinga ahogada por la oscuridad y la sangre de su camino.

Observa la noche que le rodea mientras con el pulgar hace girar un anillo de hueso que adorna su mano derecha, una manía que viene de su infancia, cuando la marca de nacimiento en forma de aro

negro que rodea su dedo le avergonzaba y decidió cubrirlo con la humilde bisutería.

*Antes que oírlos la cosa los sintió. Había dormitado durante años en la lóbrega y oscura caverna, enloquecida por su ciego odio, alimentándose de su prisionero y aborreciendo la abominación que ahora era. A veces en sueños tenía retazos de visiones de su otra vida, cuando era un hombre, cuando había paseado bajo el brillante sol entre sus iguales, cuando había sido sacerdote en un brillante templo antes de que el Hieródulo – la criatura siseó y escupió furiosa al pensar en su nombre – lo expulsase de la ciudad y lo convirtiese como castigo en lo que era ahora, un monstruo en la penumbra entre la vida y la muerte que debía alimentarse del miedo que provocaba. Por supuesto también tenía apetitos más materiales, la carne de las ratas le servía igual que la de los hombres, pero el miedo que sentían estas antes de romper su columna con los dientes era mucho más primario y menos delicioso.*

*Paladeó el que su prisionero destilaba en ese momento. Le gustaba que lo viese ante él, royendo pequeños huesos, quebrándolos para sacar la golosina del tuétano. Eso hacía que el terror tuviese un apreciado sabor dulzón.*

*Muchas veces la cosa se preguntaba porqué había dejado escapar a la otra prisionera, y pasaba semanas enteras con la idea dando vueltas en su embotada mente lamentándose. Echaba de menos el sabor picante de la pequeña.*

*Sin embargo aquella vez cuando comenzó a oír como llegaban los hombres recordó muy rápido.*

*Ella atraía gente a su guarida, desprevenidos bienhechores dispuestos a salvar al niño.*

Un grupo de árboles les impedía ver ahora la casa. Los condenados avanzaron a cubierto, no se oían chanzas ni nadie pasaba por las iluminadas ventanas. El ligero humo que salía de la chimenea llenaba el aire de un delicado aroma a verduras que hizo que el estómago de Bergano rugiese.

-Silencio- murmuró Vampa con una mirada asesina al posadero.

Este señaló la barriga con rostro atemorizado.

- No puedo hacer nada, no es culpa mía.

- ¿Tal vez un puñal en las tripas haga que guarden silencio?-siseó con un deje peligroso en la voz.

- Callaos los dos.- ordenó Aertes oteando la noche.- ¡Malditos imbéciles! Nos han visto.

Había un pozo entre los árboles, y una forma que avanzaba hacia ellos desde este.

Las manos empuñaron las armas envueltas en trapos. Vampa sacó el puñal.

- Voy a rodearle.

Pero Aertes lo aferró del brazo antes de que se moviese.

- Quieto. Es demasiado pequeño para ser un soldado.

Una niña surgió de los matorrales, sus ojos los miraron aterrorizados.

Vampa bajó la daga a regañadientes, Bergano dió un paso atrás como si la niña fuese el mismísimo Cazador Oscuro de Deimheim, el quinto infierno.

Aertes se quedó helado, sorprendido por ver una pequeña, pero Sjönn, con una enorme sonrisa se puso de rodillas. Ella se arrojó a su pecho y comenzó a sollozar envuelta en los brazos del condenado, mientras balbuceaba incapaz de decir nada coherente.

- Tranquila, tranquila.- murmuraba el hombre moviéndola suavemente.- llévanos allí.

Y la niña se separó del demente y de su mano le llevó hasta el pozo de piedra, señalándolo.

El resto estaba estupefacto. “Loco” Sjönn inspiraba tal ternura como jamás hubiesen imaginado en aquel estrambótico personaje.

- Ahí.- dijo la niña con preocupación en el rostro señalando la negrura.

Sjönn los miró.

- Su hermano ha caído al pozo cuando venían a buscar agua. No puede volver a casa hasta que salga de ahí.

Bergano observó las profundidades del pozo mientras narraba lo que veía a los demás, que no separaban las miradas de la fronda y la casa.

- Apenas hay 2 pies de agua. También veo una gruta que se pierde hacia el bosque. Probablemente el niño buscó una salida por su cuenta.

Aertes se inclinó a la oscuridad.

- La cueva parece bastante estrecha. Solo Sjönn y yo podríamos bajar.

El loco con mágicas palabras había alejado el miedo de la niña y estaba jugando con esta a una extraña competición de palmadas, absortos por completo de la situación.

Las manos de Aertes comenzaron a desenrollar la vieja cuerda del pozo mientras Bergano comprobaba un puntal de la polea para ver si aguantaría el peso. Por un momento miró la estrecha abertura y se contempló con lástima la barriga.

Solo Vampa se mantuvo al margen observándolos con expresión incrédula.

-¿Solo soy yo el que piensa que deberíamos matar a la niña? Nos ha visto y se irá de la lengua.

La demente mirada de Sjönn brilló por unos momentos como burlándose de una siniestra travesura.

- Ella no dirá nada. Solo quiere que vuelva su hermano.

- Maldito loco.- exclamó el vispano y se giró hacia Aertes.- Tú eres el único de estos estúpidos que puede comprenderlo, somos espías, no benefactores. Salvamos a los niños para que mañana nos cuelguen por dejarnos ver.

Aertes observaba las profundidades.

- Nos han dicho que exploremos por si hay destacamentos que puedan emboscarnos, no nos dijeron nada de lugareños necesitados de ayuda. Voy a bajar por el niño, o nos ayudas o te largas.- dijo secamente mientras soltaba la hebilla del cinturón de la espada.

- Será mejor que te la lleves.- comentó Sjönn con tono casual.

- Albert siempre decía que había un monstruo en el pozo pero nunca le creí.- afirmó la niña mientras contemplaba embelesada un juego de manos que su compañero le había entregado.

Volvió a abrocharla, lo cierto es que los aparentemente tontos consejos de Sjönn tenían la costumbre de ser acertados. Terminó de amarrar la cuerda al perno mientras Bergano la sujetaba por el borde.

Se deslizó por ella hasta llegar a la gélida agua que le llegaba a las pantorrillas. Bergano le pasó el pedernal y dejó caer una antorcha que Aertes cogió al vuelo pero tardó bastante en encender.

-¿Albert?- preguntó vacilante a la oscura boca que se abría ante él y que ahora tenía un peculiar aire intimidatorio.

Aguardó unos instantes y le pareció oír un lamento tenue al fondo del túnel.

Echó un último vistazo a los rostros que lo contemplaban recortados contra el cielo estrellado y después, con la antorcha por delante y tanteando la pared con la punta de su espada se introdujo en la oscuridad.

El agua hacía el avance muy desagradable, bajo sus pies el suelo se rompía y astillaba como si bajo la superficie hubiese un montón de ramas secas. Prefería no preguntarse como era posible.

Los lloriqueos eran cada vez más apremiantes, no eran producto del dolor, sino de un miedo infantil y cervical.

Aertes redobló el paso con el corazón encogido, Albert se habría perdido en la oscuridad y ahora no sabría regresar.

-¡¿Albert!?- gritó a la negrura,- he venido a rescatarte.- Pero en vez de pedir ayuda los lamentos se hicieron desesperados.

Una cueva se abrió ante sus ojos y Aertes tropezó al entrar en ella, cayendo de rodillas. Pudo mantener la antorcha sobre sí, pero la espada cayó al agua por la sorpresa.

A su izquierda pudo ver a un niño hecho un ovillo que con los ojos enormemente abiertos observaba al horror que se agazapaba en el centro.

Era, o había sido un hombre, pero de ello hacía mucho tiempo. Las cuencas vacías de sus ojos se clavaron en el intruso mientras unos brazos inhumanamente largos y rematados en zarpas rezumantes de ponzoña dejaba caer los huesos quebrados del esqueleto de un niño que estaba royendo con un hocico en el que no cabían todos sus dientes amarillentos.

Aertes supo instantáneamente que aquella bestia no estaba viva, pero se aferraba a la penumbra de la no muerte. Ningún ser vivo podía estar tan quieto ni tener una expresión tan codiciosa por el

calor que no tenía.

Solo una bestia no muerta podía mostrar una satisfacción tan cruel ante el pavor que inundó a Aertes, una sonrisa golosa se reflejó en sus fauces al dar este un paso atrás.

Ella se agachó y de un enorme salto embistió contra el joven. El niño se tapó los ojos.

El explorador recibió el golpe de la bestia, apenas un saco de huesos, pero animado por un impío vigor antinatural y lo lanzó hacia atrás. Aertes solo se preocupó de que la antorcha no se mojase.

Aquella madera en llamas representaba toda su vida en ese momento, pues en la oscuridad con aquella bestia al acecho Aertes no se engañaba de su destino.

El monstruo tenía las zarpas enrojecidas.

En el torso del muchacho enormes arañazos demostraban el porqué.

Una larga lengua verdosa y putrefacta lamió la sangre que goteaba de aquellos atrofiados dedos.

-¡Vete Albert!- gritó mientras amenazaba al ser con el fuego.

Pero el chico estaba tan aterrado que no le hizo caso y siguió lloriqueando en el rincón.

El engendro saltó contra él de nuevo y la espalda del condenado chocó contra la pared al intentar evitarlo. Por puro reflejo le golpeó en el rostro con la antorcha. La bestia retrocedió espantada, aullando de dolor con las zarpas arañando su rostro y arrancándose pellejo en llamas. Por desgracia aquella no era una buena maza y el ligero madero se quebró, cayendo al agua y dejándolos a oscuras.

La negrura aumentó el pánico de Aertes y esto pareció calmar el dolor del no muerto.

Se lanzó al agua buscando la hoja mientras intentaba aferrar a Albert del brazo, pero dos garras lo sujetaron del cuello y con fuerza inhumana lo pusieron de rodillas.

Gélido terror le congeló el corazón, la presa sobre su cuello se cerró un poco más.

El inicio de una risotada maligna llegó a sus oídos antes de que la inhumana fuerza de la criatura lo sumergiese bajo el agua.

Asestaba puñetazos al rostro y a las muñecas de hierro intentando separarse de ellas, pero era tan vano como apartar la negrura que le embotaba el pensamiento a manotazos.

Ya podía sentir a las Moiras acercarse, colocar sus rojos labios sobre los suyos y beber la poca vida que le quedaba.

Pensó en Alisy, en Glenn, en Daryus, en Shannia, sus seres queridos de una vida perdida y ya tan lejana, en que jamás sabrían su destino, primero condenado a formar parte de un ejército de pesadilla y muerto por una infernal bestia en una cueva ignota. Pensó en que faltaría a la promesa que se había hecho a sí mismo, sobrevivir para volver a verlos. Pensó en Bergano que ya jamás volvería a ver a su familia. Su último pensamiento fue para el pequeño Albert, ¿lo sacarían del pozo el resto?

Fue en ese instante, en el paso entre la vida y la muerte cuando se rompió una Norma.

La madeja del destino se entretejió de nuevo. Lo que iba a ser se vio alterado por lo que podría ser, por lo que debería ser en un futuro. Por todo lo que vendría después el mundo no pudo permitir que muriese allí.

Viniendo en su ayuda los demonios del viento aullaron entrando por el pozo y levantando un torbellino en la caverna mientras las Moiras siseaban escupiendo su furia al ver frustradas por estos sus intentos de reclamar un alma.

La marca de Aertes, ese extraño aro negro que adornaba su dedo, ardió con luz blanca y envolvió el puño que se estrelló ya sin fuerzas contra el hocico del monstruo. El anillo de hueso se rompió, la llameante marca negra entró en contacto con la desprotegida piel de cuero.

La bestia le soltó aullando un dolor más atroz que el del fuego de la antorcha manoteando para apagar el blanco fuego que había prendido en su rostro.

Aertes se levantó torpemente, escupiendo agua cenagosa mientras los demonios del viento se arremolinaban a su alrededor, bailando su inaudible música. La marca del dedo seguía ardiendo.

Los ojos de Albert no se apartaban de la danza de sus llamas, mientras el abrasado rostro del ser reflejaba un temor hasta entonces desconocido.

- Vete chico.- ordenó Aertes.

Albert salió de la cueva sin decir nada, obedeciendo la orden sin mirar atrás.

El condenado podría notar el veneno de las zarpas de aquel engendro en la sangre, fatigándolo y embotando sus sentidos. Fuese lo que fuese a hacer, debía ser ahora. Su pie chocó contra algo metálico. Recuperó del agua una pequeña espada de hierro oxidado y adoptó una postura de defensa.

El ser siseó su odio y se lanzó a por él. Sin embargo ahora no estaba alimentado por el terror del niño y la determinación de su rival tenía en él el mismo efecto que su veneno en sus víctimas. El ataque fue torpe y Aertes lo esquivó fácilmente. La espada cayó y cercenó una garra por el codo. Retrocedió mientras la desmañada figuraba aullaba de dolor lanzando negra sangre putrefacta al aire. Su visión era digna de lástima. Sus abrasadas cuencas sin ojos lo encararon y por un momento Aertes sintió compasión de aquel ser. Sus lloriqueos traspasaron incluso el sonido de los demonios, que comenzaba a amainar.

Después ese sentimiento fue desestimado por su endurecido corazón. Al entrar le había parecido que le suelo estaba lleno de ramas, pero ahora, con aquella vieja espada herrumbrosa en la mano comprendía que pisaba los huesos de las víctimas de ese ser.

La furia de su corazón hizo que la llama blanca de su mano prendiese en la espada y Aertes dio un paso adelante dispuesto a dar el golpe de gracia.

Bergano ayudó a izar al tembloroso muchacho desde abajo, pues se había lanzado a agrandar el tunel en cuanto oyeron los gritos. Vampa seguía mirando la espesura manoseando su puñal con nerviosismo. Sjönn ajeno a los demás se despedía desde los matorrales con sonrisa inocente.

-¿Los niños?-preguntó Aertes desfallecido cuando los puso al corriente de todo lo que se atrevió a contarles.

- Este estúpido los dejó ir.- masculló Vampa.

- Se han ido.- le contestó el loco.- Querían agradecerte lo que has hecho por ellos pero también querían ver a sus padres después de tanto tiempo, así que les dije que se marchasen.

-Fijaos en eso.- señaló Bergano.- ahora no hay luz en la casa, ni sale humo de la chimenea.

Se dirigieron hacia allí. Vampa y Sjönn abrían la marcha, Aertes apoyado en Bergano en la retaguardia quien no cesaba de mirar el pozo intranquilo. Nadie preguntó por los extraños sonidos que habían oído, ni por qué el viento había cambiado, pareciendo entrar en la boca del pozo. Era mejor no hacerlo.

La casa vista de cerca tenía un aspecto ruinoso. Vencida por las plantas trepadoras, cristales rotos y el techo con varios agujeros.

Entraron pues nadie acudió a sus llamadas. Ni los padres ni los niños.

Por dentro la casa estaba igual que por fuera. Vampa dirigió al piso de arriba, Sjönn y Aertes entraron en una cocina donde hacía años que no se preparaba ningún alimento. La chimenea, por la que antes escapaba un delicioso aroma a verduras estaba ahora decorada por enormes telarañas.

Bergano, que había ido a la parte de atrás, volvió al rato blanco como la harina.

-Tenéis que ver esto.- dijo antes de arrastrarles fuera sin explicaciones.

A una veintena de pasos se detuvo ante un árbol rodeado de matorrales.

- Veréis – comenzó bastante asustado – estaba buscando huellas cuando vi esto.

Y su enorme manaza apartó las plantas.

Allí había dos lápidas fechadas hacía más de diez años. Los nombres que estaban grabados en ella eran:

*Sarah Cecaniah.*

*Albert Cecaniah.*

Aertes solo pudo pensar en el pequeño esqueleto mohoso que aquel engendro estaba mordisqueando ante la mirada aterrorizada del niño.- antes de desvanecerse por el veneno.

Este debería ser el final de la historia. Sin embargo la única vez que Aertes contó esta historia sus ojos quedaron mirando las llamas, recordando aquella época. Nadie dijo nada, Shannia tomó su mano en un silencio cargado de comprensión.

Él miraría después las estrellas evitando las miradas de los demás, con una silenciosa plegaria por las almas de los compañeros que no lo consiguieron. Finalmente miraría su mano entrelazada con la de su amada, la visión más perfecta de ese mundo y hablaría una última vez.

*-“Hice cosas horribles por volver a tu lado, cosas que me hicieron dudar de si realmente merecía la pena que quien las hiciese siguiese con vida. Me odié por ello, y aun lo hago. Pero este suceso me mantuvo cuerdo. El saber que por muy horrible que fuese en lo que me estaba convirtiendo no dudé en bajar a un pozo oscuro para salvar a un niño”.*